

Una autobiografía sociológica

“La habilidad de desempeñar y tratar los roles determina el lugar ocupado en el espectáculo jerárquico. [...] La identificación es el modo de entrada en el rol. Ésta es un estado enfermizo, pero tan solo los accidentes de identificación caen en la categoría oficial denominada «enfermedad mental». [...] Los especialistas son los iniciados dueños de la iniciación”. (Raoul Vaneigem)

Introducción

La idea principal de la que surge mi participación en este número es la de objetivar mi trayectoria académica, profesional y personal con la intención de visibilizar determinantes estructurales. Salvando las diferencias de procedencia (origen social), es decir, las condiciones de partida –en capital económico, cultural y social–, la historia narrada es una descripción de mi «carrera moral» dentro y fuera de la academia. Algunas personas se pueden sentir muy identificadas y otras no. Algunas pueden tener historias más difíciles, duras o complicadas que la mía; y otras, todo lo contrario. Lo relevante es desvelar los aspectos sociológicos de la misma.

He decidido omitir la mayor parte de datos personales, porque parto de la tesis que afirma que esto es una historia «colectiva» y no es mi intención personalizar los diferentes hitos que marcan mi trayectoria. Para mí, lo más importante es motivar a las personas que siguen dentro de la carrera académica. Pienso que si las personas autónomas y con pensamiento crítico abandonan dicho campo de batalla, volveremos a los tiempos del «consenso ortodoxo». Y, más importante aún, es mi intención de animar a las personas que se sienten atrapadas en dicha carrera académica a abandonar sin remordimiento.

El texto se estructura en apartados que comprenden mis diferentes etapas académicas. Estoy con Bourdieu en que las metodologías biográficas tienen la desventaja de «racionalizar» en demasía las trayectorias personales. La vida no es lineal ni coherente. Pero, como «sujeto» y «objeto» de este relato no he podido proceder de otra forma. Es decir, a mí mismo me he relatado los sucesos que he considerado relevantes –omitiendo algunos, como haría cualquier informante– y he construido el texto con las habilidades que mi formación me ha proporcionado.

Orígenes sociales

Mis padres proceden del medio rural del sur de la provincia de Sevilla. Ambos no tuvieron posibilidades de formación superior. En mi casa, las conversaciones durante la adolescencia sobre este tema eran fre-

cuentas. Mis padres siempre nos decían a mí hermano y a mí que teníamos una oportunidad que ellos no habían tenido. Yo decidí irme a Granada con 18 años a estudiar Sociología. Y mi hermano decidió no ir a la Universidad y estudiar un módulo superior de Formación Profesional en “salud medioambiental”.

En la familia de mi madre, mi abuelo, después de haber trabajado en las labores del campo (ciega del trigo, recogida de aceituna, etc.) emigró a Alemania, a la ciudad de Düsseldorf en la década de los 60. En primer lugar, trabajó en una fábrica, pero por problemas de salud cambió este trabajo por otro de auxiliar en un departamento de correos. Estuvo 11 años yendo y viniendo en cada periodo estival. A mi abuela le tocó criar a tres hijas y un hijo, además de seguir trabajando en labores del campo. A su retorno, mi abuelo, con sus ahorros, construye una nave para la puesta de huevos por gallinas sueltas que cambiará, un tiempo después, por cría de pollos.

En relación con la familia de mi padre, mi abuelo hereda un pequeño patrimonio de tierras. La mayoría sembradas de olivos y otras para la siembra de plantas de secano, trigo principalmente. Con los beneficios que obtiene cada temporada, paga los gastos y los jornales de los que le acompañan, cuadrillas pequeñas de no más de 4 u 8 personas. Esa es la principal fuente de recursos para una familia de tres hermanos y dos hermanas. Mi abuela se dedicó al cuidado de los hijos y las labores del hogar.

Mi madre, que era la mayor de la familia, fue a Estepa a estudiar Formación Profesional como Administrativa. Sólo puede realizar FP1 de auxiliar administrativo, por falta de recursos económicos familiares. Cuando conoce a mi padre, en Estepa, él está estudiando FP1 de mecánica.

Antes del embarazo de mi madre, mi padre había decidido realizar la formación de Ayudante de Maquinista a través del servicio militar. Era una formación que duraba tres años. Tras mi nacimiento mis padres emigran a Sevilla. Con la conclusión de su formación, mi padre es destinado a Irún durante un año. Mi madre le acompañará hasta el nacimiento de mi hermano. Entonces se regresará a Sevilla y mi padre conseguirá un puesto como ayudante de maquinista, en Sevilla, unos meses después, tras cumplir su año de formación en Irún.

Trascurridos 8 años desde el nacimiento de mi hermano, mi madre decide conseguir un trabajo. Para ello se forma en diferentes cursos y opta a diferentes concursos de oposición. Vive un momento de mayor estabilidad laboral cuando comienza a realizar sustituciones para el Servicio Andaluz de Salud (SAS), en verano y navidades. Finalmente, consigue una plaza como profesional interina en el SAS, y, por último, el reconocimiento de su plaza en un Hospital de Sevilla como auxiliar administrativa en el departamento de personal. Mi padre, por su parte, con el paso del tiempo conseguirá la categoría de maquinista. Actualmente, mi madre sigue en el mismo puesto y mi padre es conductor de trenes de cercanías en Sevilla.

Primera etapa universitaria: Granada: 1998-2001

Cuando llego a Granada vivo con gran entusiasmo mi nueva vida. Disfruto haciendo nuevas amistades, tengo un gran apetito intelectual y en mi primer año mis notas son buenas. En retrospectiva tengo que decir que desconocía lo que quería y lo que significaba apostar por una carrera académica. Mi año anterior en COU había sido un poco caótico. Había realizado un bachillerato en ciencias puras y no sabía si enfocarme a una carrera técnica o de letras. Terminé aprobando la Selectividad con un 5 cuando mi media en el Instituto no había bajado de notable alto-sobresaliente.

Durante mi adolescencia en el seno familiar y las amistades de mis padres, mi hermano y yo nos habíamos educado en un ambiente de valores libertarios y anarcosindicalistas. Eso me llevó a mostrar gran interés por la Filosofía, y en los años de instituto se había despertado en mí un gran interés por la

literatura y las causas sociales. El motivo por el que elegí estudiar sociología es porque quería cambiar el mundo. Pensaba que un conocimiento de la sociedad me ayudaría a luchar por la transformación social.

Con mi llegada a Granada decidí afiliarme al Sindicato de Enseñanza de la CNT. Allí conocí a otras personas, que cursaban estudios superiores, de una y dos generaciones mayores que yo. Por lo general, tenían un discurso anti-académico. Después de terminar sus estudios se buscaron la vida de diferentes formas, por ejemplo, con un bar de tapas, haciendo camisetas, arreglando ordenadores, realizando oposiciones, etc. A pesar del escepticismo hacia la institución académica, en dicho contexto, tengo un amigo de promoción y compañero sindical que alcanzó un buen expediente, consiguió una beca FPU, y actualmente trabaja en la Universidad.

En el segundo año de carrera mis notas bajan. Apruebo todas mis asignaturas con un 6. Este es un conflicto que arrastro desde el bachillerato. La presión por obtener siempre buenas notas me hace plantearme dicha responsabilidad y pasar a considerar que un notable ya era una calificación aceptable. Considero que estos conflictos con el sistema de evaluación son los primeros indicios de mi desavenencia con la institución «escolar», en sentido amplio.

En mi segundo año en Granada vivo un proceso de «saturación». En primer lugar, está latente mi conflicto entre mérito y conocimiento. En segundo lugar, converso con personas más mayores que yo que desconfían y tienen un posicionamiento claro ante lo que supone realizar una carrera académica. En tercer lugar, incremento mi militancia participando en la asamblea del Sindicato de Estudiantes de la CNT, en la asamblea del Ateneo Libertario del mismo sindicato y en la Asamblea de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. En cuarto lugar, quiero conciliar mi agenda política con clases por las mañanas, a las que empiezo a faltar, así como con las clases de inglés los martes y jueves por la tarde, que abandono a mitad de curso.

Este segundo año académico comenzó con fuertes protestas estudiantiles contra las subidas de tasas. Alumnos y alumnas de la facultad de historia no habían podido matricularse y el conflicto se hizo manifiesto. Es un momento en el que las personas que estábamos implicados en la lucha estudiantil aprovechamos para crear asambleas de estudiantes en las Facultades. Queremos crear un poder de debate y decisión autónomo, y eso requiere esfuerzos de coordinación. Esto nos tiene a todos y todas entretenidos hasta los primeros exámenes de febrero. Además, en el Sindicato de Oficios Varios de la CNT ha saltado un conflicto sindical por el despido de un trabajador del Parador Nacional que se encuentra en la Alhambra. El compañero despedido, después de agotar los recursos legislativos, decide ponerse en huelga de hambre. Esto hace que se incremente nuestro apoyo y militancia desde el Sindicato y también desde los movimientos sociales granadinos. La primera manifestación de apoyo termina con una carga policial y con ocho o diez detenidos. Lo que eleva la tensión del conflicto y mi implicación en el mismo.

La agenda que me termino marcando es demasiado ambiciosa y difícil de conciliar. La consecuencia de toda esta responsabilidad es que empiezo a salir más por la noche. La noche me reportaba desinhibición y diversión. Lo que al mismo tiempo me generaba ansiedad –aunque no era consciente de esta palabra que entonces ni usaba– por el trabajo académico, que se me acumulaba, y con los compromisos políticos que había adquirido. Pesa sobre mí el hecho de haber sido siempre un buen estudiante con buenas notas, y comienzo a elaborar un discurso anti-académico que justifica todo lo que está aconteciendo en ese segundo año.

Mi segundo año académico termina con mi primera ruptura emocional con una pareja que había tenido desde los 17 años, con la que había mantenido una relación a distancia desde que me fui a Granada. En los comienzos de mi tercer año en Granada, en otoño, me siento responsable de dicha ruptura y no he

terminado de aceptar el desenlace. Mi implicación política se desinfla. Por un lado, muchos compañeros y compañeras del Sindicato de Enseñanza abandonan la asamblea. Lo que me induce a un proceso de reflexión sobre la marcha de los acontecimientos del año anterior. Los miembros del Ateneo Libertario, que somos también miembros de la anterior asamblea, decidimos disolvernó y centrar nuestros esfuerzos en el sindicato. La asamblea de la facultad entra en lo que posteriormente consideraré su rutina anual. Ante la falta de un conflicto manifiesto, surge la propuesta de organizar unas jornadas de pensamiento y reflexión sobre el proceso de privatización de la Universidad Pública en el contexto económico «globalizador». Aunque la propuesta no era nada desacertada, la dinámica individual y fugaz que propicia la propia ciudad hace que las asambleas se vuelvan lentas e inoperantes. Termino por desvincularme de dicha asamblea. Voy entrando, sin saberlo, en un proceso de «quemado».

En el tercer año, después de desvincularme de algunas actividades militantes, quiero centrarme más en la carrera. Un grupo de compañeros y compañeras de facultad queremos formar un grupo de lectura. Pero la dinámica personal de cada uno imposibilita los encuentros. Entonces opté por explorar la biblioteca provincial de Granda, toda una belleza. Comencé a leer literatura de ciencia ficción y libros sobre religiones periféricas como el druidismo, chamanismo, vudú, hinduismo, taoísmo, etc. Mi curiosidad era tal, que empezaba a aborrecer la dinámica de tener que preparar un temario para acudir a un examen a exponer algo que se me olvidaba pasado medio curso. Era el tiempo de los manuales, las clases magistrales, la transcripción de apuntes. Las dinámicas de las clases, con sus exámenes semestrales y trabajos anuales, cada vez se me hacían más pesadas y aburridas.

Me siento responsable por estar haciéndolo mal y malgastando el dinero familiar. Tengo dudas sobre si seguir con la carrera. En clase sigo manteniendo frecuentes discusiones dialécticas con miembros del opus dei, jesuitas, comunistas, socialistas, progresistas, conservadores, y postmodernos. Mi foco está más centrado en el campo político, que acontece en el marco de la institución, que en mi carrera profesional. En una ocasión, un profesor me niega la palabra. Este suceso me indigna, y aumenta mi recelo hacia el marco institucional.

En ese tercer año he conocido a una persona que me motiva en mis estudios. Es la primera persona que conozco que realiza alguna colaboración con un profesor del departamento de Sociología. En este momento, no soy consciente de mis orígenes sociales y desconozco que mis posibilidades académicas pasan por tener un buen expediente para acceder a becas de Formación de Personal Investigador o de Formación de Personal Universitario.

En el segundo semestre, de mi tercer año académico, sufro una crisis de ansiedad que interpreto como un «estado alterado de consciencia». Me siento vulnerable, raro, incapaz de coger un tren a Sevilla, y mis padres tienen que venir a por mí a Granada. Lo paradójico del final de mi etapa en Granada es que las dos últimas asignaturas a las que me presento las apruebo con matrícula de honor.

Segunda etapa universitaria: mi retorno a Sevilla: 2001-2010

Después de retornar a Sevilla, vivo con cierta obsesión los estados de percepción que he experimentado durante mis crisis de ansiedad. Pienso que las lecturas que realicé en la Biblioteca provincial de Granada, huyendo de la educación formal, me influyeron en los interrogantes que pretendía responder por aquel entonces. Recuerdo la lectura, durante el año que estuve en terapia psicológica (2001-2002), del libro *Fragmentos de una enseñanza desconocida* de Piotr Demiánovich Ouspenski¹. Con el tiempo he comprendido que magnifiqué unas experiencias sensoriales que no corresponde desarrollar aquí. Lo cierto es que durante

1 Piotr Demiánovich Ouspenski (1878 - 1947) fue un esoterista y escritor ruso. Autor de varios libros de temática espiritual y filosofía esotérica.

medio año viví fuera de la realidad hasta que volví a vivir otra crisis de ansiedad con motivo de un viaje a Granada, para realizar un examen semestral de una asignatura que tenía pendiente de primero. Después de esta segunda experiencia, decidí abandonar mis indagaciones autodidactas y comenzó mi recuperación. Tengo que decir que en aquellos años no fui el único que vivió crisis personales. De mi entorno más cercano, antes o después que yo, cuatro amigos pasaron por el psiquiátrico; y otros y otras acudieron a terapia psicológica. Estos acontecimientos, en medio de mi proceso de recuperación, me influenciaron y mantuvieron viva en mí la inquietud sociológica por dar respuesta a lo que le estaba ocurriendo a mi generación.

Pasado un tiempo, comienzo a recuperar el equilibrio perdido y me siento con el deber de trabajar. Paso por oficios como del de limpiador de naves industriales y camarero, hasta que decido estudiar un módulo superior de formación profesional en artes gráficas. Realizo las prácticas de dicho módulo en la rotativa de la empresa ABC. Después de realizar mis prácticas, participo de una bolsa de trabajadores eventuales. Trabajo entre 8 y 15 días mensuales. Realizando, principalmente, trabajos como oficial de 3ª en la preparación e introducción de bobinas de papel, limpieza de la maquinaria, tareas de mantenimiento y, ocasionalmente, control de impresión de páginas en negro y a color, entre los años 2004 y 2009².

No termino de sentirme a gusto en dicho ambiente de trabajo, sigo teniendo inquietudes intelectuales, y pesa sobre mí el hecho de haber abandonado la carrera con dos matrículas de honor. Lo que de alguna forma significaba para mí el placer que me reportaba lo que hacía. En 2004 me reengancho otra vez a la carrera de Sociología, terminando el primer ciclo en la UNED (con una media de 1,6 sobre 4) y, posteriormente, me matriculo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pablo de Olavide (UPO) en un segundo ciclo de Sociología. En esta ocasión estoy decidido a tener un buen expediente y terminar optando a alguna beca predoctoral. Mi media del segundo ciclo es de 2,7 sobre cuatro. Y me quedo finalmente con una media de 2,1 para la Licenciatura. Aunque en ese momento le di mucha importancia al expediente académico, posteriormente constataré que unas buenas relaciones, lo que denominamos capital social, hubieran sido mucho más provechosas que dichas calificaciones. Sin desmerecer el esfuerzo y el mérito de otras personas, tengo constancia de cómo algunas personas con menos expediente académico que el mío, han podido acceder a becas FPI gracias al capital social que se habían labrado.

Mis años en la Universidad Pablo de Olavide son totalmente diferentes a los vividos en Granada. En primer lugar, el ambiente académico no está apenas politizado y yo me inclino más por mis cuestiones personales y meritocráticas que por problemas colectivos. Entro en una etapa en la que mi proyecto personal es lo único importante. Tengo claro que quiero recuperar mi carrera académica, pero todavía me muevo con ingenuidad y candidez en dicho medio. Después del primer cuatrimestre, una profesora me informa sobre las colaboraciones internas. En aquel momento, en el área de Sociología existían dos grupos de investigación reconocibles.

No tengo muy claro por qué no me vinculé a ninguno de estos dos grupos. Creo que fue por una cuestión epistemológica. Yo había venido mostrando interés por las metodologías cualitativas. En el primer cuatrimestre había disfrutado mucho de la asignatura de Sociología Urbana, descubriendo autores de la Escuela de Chicago. También había descubierto el interaccionismo simbólico en la asignatura de Psicología Social. Mis inquietudes se centraban en Goffman, la etnometodología, el análisis conversacional, la escuela cualitativista madrileña, etc.³

2 Durante el mes de febrero de 2015 he conocido que 37 trabajadores de la Rotativa del ABC de Sevilla han sido despedidos, es decir, la Rotativa ha cerrado.

3 Quiero aclarar que siempre se me han dado bien las matemáticas y que mi distanciamiento de las perspectivas cuantitativas tenía más

De los grupos a los que me podía haber vinculado, uno lo identificaba con el paradigma de «sociología analítica» de perspectiva «cuantitativista». El otro grupo era, un conglomerado de personas, de diferentes perspectivas, que se habían unido bajo las siglas de un mismo grupo de investigación. Lo habitual entre mis compañeros y compañeras era vincularse a alguna persona por la que se tenía cierta filiación.

Con motivo de mis indagaciones en el área de Sociología, en relación con las colaboraciones internas, una profesora me ofreció realizar un trabajo para ella. Consistía en la actualización de unas tablas por 8 euros la hora. Se trataba más de una oferta personal que de una colaboración, porque dicho trabajo no acontecería en el marco de la institución. Era un trabajo sencillo que necesitaba cubrir y para el que no tenía tiempo. A mí el trabajo en sí no me motivaba, tenía mi trabajo eventual en la rotativa y estaba obcecado en sacar las mejores notas posibles. Aquí tuve una oportunidad de vincularme a esta persona, pero esta persona era de formación cuantitativa y por las inquietudes que he manifestado antes no lo tuve en consideración.

Recuerdo que por aquella época, una amiga me decía que no había tema de investigación, es decir, que uno colaboraba en lo que había. Por aquel entonces yo era orgulloso y no valoraba la necesidad que tenía de vincularme a un grupo de investigación y acumular capital social. Yo quería especializarme en temas de salud mental. Quería enfocarme a ello, porque ahí estaban las preguntas que todavía tenía sin resolver. Mi historia personal y la de mis amigos eran para mí lo más importante.

Entonces, en relación con mi interés por realizar una colaboración, mi primera experiencia con la investigación la tengo a través de una participación, junto con otros compañeros y compañeras, en la asignatura Psicología Social. Aunque el profesor es de formación cuantitativa, nos propone la realización de grupos de discusión en un instituto. La idea es que hagamos de dinamizadores de dichos grupos, porque se partía de la premisa de que al ser jóvenes podíamos propiciar un discurso más desinhibido por parte de los adolescentes que participaron en la investigación. Además se nos propone realizar los análisis desde la perspectiva de la «teoría fundamentada», algo nuevo para mí. Por un lado, me sentí satisfecho con dicha colaboración y se nos reconoció la participación con 30 horas lectivas en dicho proyecto. Por otro lado, me distancié de los grupos de poder emergentes en dicha Facultad. Terminado el primer curso académico, la persona para la que colaboro me motiva a que me vincule a los grupos de sociología del área. Me dice que él no me va poder promocionar dentro del área y termino el primer curso académico valorando a quién podría vincularme.

Un aspecto importante en mi biografía es que, fruto de las auto-exigencias por sacar las mejores notas para equilibrar mi nota media del primer ciclo, junto con el tiempo y el cansancio que me ocupaba y reportaba mi trabajo físico en la rotativa, en los primeros exámenes de Febrero decidí dejar un examen parcial para septiembre. Coincide con ese momento, cuando empiezo a sentir en el lado derecho de mi cabeza unos dolores tensionales que antes no había sentido. Yo siempre había tenido tendencia a las jaquecas, y con 21 años me habían diagnosticado «migrañas sin aurea». A partir del año 2007 empiezo a tener unas sensaciones diferentes a mi conocidas migrañas puntuales. Se trata de un dolor leve, pero frecuente. Llegado el verano del 2007, los dolores persisten. Y vuelvo a ir a neurología. Ahora me diagnostican «cefaleas tensionales». Anteriormente había probado tratamientos que me habían generado efectos secundarios como cambios emocionales y sensaciones de vértigo. En esta ocasión, pruebo un nuevo medicamento que me alivia y me reduce el dolor. Pero los dolores persisten después del tratamiento, y aumentan en periodos de ansiedad y poco descanso.

que ver con mi interés por la «microsociología» que por un rechazo de dichas metodologías. He procurado tener una buena formación tanto cuantitativa como cualitativa. La razón de todo ello la encuentro en mi preferencia por el lenguaje y la comunicación.

En la Universidad Pablo de Olavide descubro que las metodologías docentes están cambiando. Las asignaturas son en su mayoría cuatrimestrales, con trabajos individuales y en grupo, con fórmulas de evaluación continua, que se traducen en «supuestas prácticas» que parecen micro-exámenes. Aunque todavía permanecen los clásicos exámenes finales, que incluyen el modelo tradicional de temario de clase y lecturas, en otros docentes. Una cuestión relevante es que se han olvidado los manuales, las clases se dan con powerpoint y predomina la lectura de textos, hasta el punto que la acumulación exponencial de los mismos, en la suma de todas las demandas, se vuelve inabarcable. Los trabajos en grupo se convierten en trabajos de cadena y ensamblaje. Se nos dice que en el futuro tendremos que trabajar en grupo y que debemos aprender de ello. Las lecturas se especializan en el objeto de investigación, y, poco a poco, de una Sociología más holística y teórica observo el paso a una Sociología más compartimentada y centrada en las técnicas de investigación. En la Universidad Pablo de Olavide, veo por primera vez un ordenador y el programa de análisis estadístico SPSS.

En mi segundo año académico, comienzo el cuatrimestre solicitando una beca del Ministerio de Innovación y Ciencia de iniciación a la investigación junto con otros y otras compañeras para un proyecto I + D. Era mi intención de vincularme de forma formalmente a uno de los grupos mencionados. Dicha beca se la conceden a una amiga, y empieza a pesar sobre mí la nota media de mi primer ciclo. Tengo que decir que el proyecto de investigación no me motivaba, y no hice ningún intento por vincularme a dicho proyecto de forma informal. En este punto, podría haber explorado otras opciones que había desechado anteriormente. Pero se me cruzó otra historia por medio, y dejé de pasearme por los «pasillos».

A finales del primer cuatrimestre del segundo año, un compañero de clase me propone presentar un proyecto a una Asociación del sector de la Discapacidad Intelectual en Sevilla, para aplicar metodologías participativas con el objetivo de generar un Servicio de Ocio en la Entidad. Esta oportunidad me ilusionó mucho, porque me permitía aplicar los conocimientos adquiridos. Esta experiencia investigadora me motiva a centrarme en el campo de la discapacidad intelectual cuando mis compañeros y compañeras de promoción se están dedicando a conseguir un mayor capital social con sus colaboraciones dentro de la institución. Una vez más, me reconozco distanciado del ambiente académico y con apatía para relacionarme con el mismo.

Al finalizar mi segundo año académico, un amigo me propone colaborar con un nuevo grupo de investigación que se está formando con la llegada de un nuevo catedrático. Pero no termino por decidirme. Me encuentro a gusto en la IAP que estoy llevando fuera de la Facultad y pienso en realizar mi trabajo de fin de carrera eligiendo como tutor a un profesor de formación cualitativista. En ese momento, esta persona es por la que siento más simpatías, y pienso que si me vinculo al nuevo grupo que mi amigo me propone, romperé la relación que pretendía construir. Esta sensación de que si estás con unos no puedes estar con los otros no me sienta bien emocionalmente, y termino por centrarme más en el proyecto que estoy llevando a cabo fuera de la Facultad.

Colaboré como voluntario de FEAPS-Andalucía desde enero del 2008 hasta junio del 2010 en el proyecto: “Proceso participativo para la construcción de un Servicio de Ocio”. Tras conseguir financiación para el proyecto a través de la Caja de Ahorros de la CAIXA, paso a ser contratado los últimos 8 meses de mi periodo en la entidad como técnico de proyectos a media jornada. Mi trabajo de fin de carrera lo enfoco a conocer los discursos de profesionales de la atención directa de la entidad en la que he estado colaborando desde el 2008.

Medio año después de licenciarme, en la primavera del 2010, realizo cuatro cursos de especialización metodológica en la entrevista cualitativa, la elaboración de cuestionarios, el software de tratamiento de

datos cualitativos Atlas.ti, y un curso en el programa ARCVIEW, un sistema de información geográfica con el que poder situar y representar datos secundarios. Pienso que si no tengo suerte con mi carrera académica, esta formación me valdrá para el mercado de trabajo.

En el verano del 2010, terminado mi contrato con la entidad con la que había colaborado, decido matricularme en un máster en metodologías de la investigación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Mantengo la idea de tener un currículum que también me valga para el mercado de trabajo. En ese proceso de decisión, mi tutor de proyectos, la última persona con la que mantengo un vínculo del área de sociología en la Pablo de Olavide, me advierte que si me voy a Madrid las posibilidades que pueda tener en Sevilla las perderé. Ante mis dificultades para conseguir una beca FPU o FPI, este profesor me habla de las «becas a proyectos», es decir, contratos de seis meses o un año como personal de apoyo a la investigación. También me advierte que él teniendo una beca FPI tardó 8 años en realizar su tesis doctoral por desarrollar un proyecto personal. Mientras que un compañero de su promoción, que aprovechó los materiales del grupo de investigación al que estaban vinculados, realizó su tesis en 4 años. Era la primera vez que me advertían sobre el carácter que estaban adquiriendo las tesis doctorales, es decir, un trámite meritocrático en el que había que ser práctico y rentabilizar el tiempo empleado.

Pude quedarme. No sé si me hubiera ido mejor. Lo cierto es que entre septiembre del 2009, cuando termino la carrera, y julio del 2010, cuando realizo la inscripción en Madrid, sólo tengo noticias de la posibilidad de conducir un seminario. Por otro lado, la oferta académica de la UPO no me motiva. Existe un Máster en Intervención Social, en el que participan algunos profesores del área, y ellos mismos me hablan mal de dicho Máster, es decir, mi opción es realizar dicho máster como trámite para el doctorado, colaborar sin remuneración y esperar un contrato de personal de ayuda a la investigación, una FPI del Ministerio, o una FPU.

No puedo contar qué es lo que sucede en ese proceso de filiación-vinculación-colaboración, pero quizás sea cierto que no hubiera tragado con todo. Lo cierto es que mientras yo me iba a Madrid, mis compañeros y compañeras de promoción comenzaban a publicar, terminaron sus tesis doctorales en un plazo razonable y comenzaron a realizar sustituciones como docentes. Cuando he hablado con ellos y ellas me han comentado que su situación es muy precaria, y uno de ellos lo ejemplificaba con las siguientes palabras: “estoy deseando que alguien se ponga malo para hacer una sustitución”. También me resulta significativo que a una amiga, que el CIS le concedió una beca, le advirtieron que si se marchaba perdería los méritos acumulados dentro del grupo.

En mi distanciamiento narrado de los grupos de investigación que podrían haberme promocionado, termino decidiendo irme a Madrid, a realizar un máster en metodologías pensando que me puede ir mejor pero no siendo muy consciente de las consecuencias que la deuda pública está teniendo en el ámbito académico. Una vez más priorizo mi interés personal, mi filiación con el paradigma cualitativista, y mi empatía con el objeto de investigación que he ido conociendo fuera del ámbito académico; por encima de las relaciones personales y la provisión de capital social necesario para mi promoción.

Mi etapa doctoral en Madrid: 2010-2012

Cuando llego a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid el ambiente vuelve a estar politizado. Recuerdo participar en una mesa de debate en la que volví a replantearme mi vinculación con el activismo social. Al final mi decisión fue centrarme en la carrera académica, e intentar no dispersar mis esfuerzos. También, en dicha facultad descubrí la iniciativa de alumnos y profesores para organizar

seminarios y jornadas de investigación muy interesantes, que se organizan de forma asamblearia y democrática. Tampoco aproveché dicha oportunidad. Había caído en una espiral en la que lo único importante era salvarme a mí mismo.

Así que tengo en mente que debo vincularme a un grupo de investigación. Dentro del máster, conozco a un profesor asociado que realiza su tesis sobre Discapacidad y es él el que me pone en contacto con un grupo de investigación que trabaja dichos temas. El grupo se encuentra desarrollando una investigación, pero dicho proyecto no se encuentra dotado con presupuesto para la contratación de un becario predoctoral. En ningún momento se me ofrece directamente la colaboración con el mismo. Entiendo que el grupo no es partidario de una colaboración no remunerada. En vez de insistir en mi participación voluntaria y ciega, una vez más por la lógica meritocrática de mejorar mi expediente académico, decido centrarme en las asignaturas del máster y seguir apostando por la esperanza de conseguir la ansiada beca. Le pido al investigador principal de dicho grupo que sea mi director de tesis. Junto con mi Director de Tesis prepararé una beca FPI de la Universidad Complutense, dos becas FPU del Ministerio de Educación, una beca para el Instituto Europeo de Investigación Social, y otras de menor rango; sin ningún resultado positivo.

El máster estaba estructurado en un año de clases teóricas y prácticas a las que había que acudir de forma obligatoria, además de medio año para realizar un trabajo de fin de máster, que yo terminé realizando en un año. Cuando me voy a Madrid dispongo de 8 meses de desempleo. Mi intención es depender económicamente lo mínimo de mis padres. Otro motivo por el que decido irme a Madrid es porque existe una beca para desempleados que cubre la matrícula del máster. Dicha beca me cubrirá la matrícula del primer año. En el segundo año, dicha beca será retirada por el gobierno. Hasta ahora los dos capitales a los que he dado más valor han sido el cultural y el social. Porque es evidente que ambos alcanzan mayor importancia cuando el capital económico del agente es limitado, es decir, un buen capital económico me hubiera permitido sostenerme económicamente, podría haber realizado el máster y colaborado con el grupo de investigación de forma altruista e, incluso, continuar mi postgrado en el extranjero.

Ahora considero que tenía que haberme implicado en los trabajos de dicho grupo de investigación. Pero resultó que dicho grupo es un grupo joven. Mi director de tesis conseguía la titularidad en los dos años que permanecí en Madrid. Y debido al endeudamiento de la Universidad Complutense, dicho grupo no recibía la financiación que había obtenido del Ministerio. Por lo que la investigación que tenían en curso, en los dos años que estuve en Madrid, estuvo casi prácticamente parada. También tenían solicitado un proyecto de I+D+I que tenía asignado un becario FPI, pero en el tiempo que he mantenido relaciones con ellos no he tenido constancia de que se le haya concedido ningún tipo de financiación. ¿Tenía entonces que haber explorado otras opciones? ¿Olvidarme de los trabajos realizados desde 2008 en relación con la discapacidad? Entonces decidí centrarme en obtener las mejores notas y realizar el mayor número de trabajos enfocados a mi tesis.

El máster se convirtió en dos años más de carrera con las mismas dinámicas que había vivido en la Pablo de Olavide de lecturas de textos inabarcables, trabajos individuales, trabajos de grupo, prácticas, exámenes, y clases obligatorias. Además, el máster estaba también enfocado a alumnos y alumnas que venían de otras disciplinas con la intención de enfocarse al ámbito académico de la sociología o, en su mayoría, al mercado de los estudios de marketing y opinión. Esto suponía, comenzar el temario desde el principio teniendo que volver a pasar por cosas que ya la mayoría habíamos realizado en la carrera. Lo que nos podría haber permitido a muchos y muchas realizar lecturas doctorales en profundidad más allá de los textos, pero la dinámica de las clases nos imbuía en continuos compromisos. Lo más frecuente,

entre mis compañeros y compañeras, era que aplazáramos cuestiones relacionadas con la tesis cuando empezáramos nuestro trabajo de fin de máster.

En el máster tengo una nueva oportunidad de participar en una investigación. La colaboración acontece dentro de una asignatura del mismo. Estamos obligados a asumir como trabajos de dicha asignatura, los trabajos que serán rentabilizados dentro de una investigación. En el aula se crean tensiones entre el profesor y algunos compañeros. El profesor defiende la posibilidad de participar en una investigación real. En mi opinión, puedo llegar a estar de acuerdo con dichas prácticas siempre que se reconozca con una carta la participación en dicha investigación y que, además, exista la posibilidad de elegir una programación alternativa.

Después de terminar mi primer año de máster obtengo mis prácticas en el Observatorio Municipal de la Dependencia de Fuenlabrada. Elijo dichas prácticas por dos motivos. Uno, porque son unas prácticas remuneradas con la posibilidad de firmar un año con un convenio de media jornada por 450 euros. Dos, dichas prácticas están relacionadas con el objeto de estudio al que quiero enfocar mi tesis doctoral.

Decido trasladar mi residencia a dicho pueblo también por dos motivos. Por un lado, he decidido realizar mi trabajo de fin de máster dentro del movimiento asociativo de la discapacidad intelectual de dicho pueblo. Lo que me supone pasar más tiempo allí que en Madrid. Por otro lado, quiero vivir con los recursos que dispongo y vivir allí es más barato que vivir en Madrid; si en Madrid llego a vivir con 800 euros al mes, pagando un alquiler de 380 euros, en Fuenlabrada vivo con 450 euros al mes, pagando un alquiler de 200 euros. La contraparte de esta decisión es que me quedo a una hora del campus de Somosaguas, abandonando toda idea de colaborar con el grupo de investigación por el que estaba interesado. Además, mis prácticas por la mañana y mi participación como voluntario dentro de la asociación de ocio y discapacidad me mantienen ocupado. Por todo ello, mi segundo año en Madrid me centro totalmente en la realización de mi trabajo de fin de máster y la participación en las becas predoctorales.

Terminado mi periodo de prácticas tengo que tomar la decisión de si volver a Madrid o volver a Sevilla. Como no he obtenido éxito en las becas predoctorales intento otras becas menores. Quedo el primero de la reserva de una beca del CIS y el tercero en otra del Observatorio para la Violencia de Género. También participo en procesos de selección en contratos de personal de apoyo a la investigación, de los que no obtengo ningún resultado positivo. Por la experiencia de otros compañeros, había que tener algo más que un buen currículum para acceder a ellos, es decir, una vez más el capital social se mostraba como relevante para acceder a dichas oportunidades. Y yo una vez más me había alejado y había descuidado dicho capital. Bueno, tengo que decir que algo hice y la respuesta que obtuve por parte de una profesora era que la Universidad Complutense estaba fatal económicamente y ésta me preguntaba si no tenía ninguna oportunidad de volver a Sevilla. Era el año 2012 y las consecuencias de la deuda pública ya empezaban verse en el ámbito académico.

En el mercado de trabajo, las cosas no estaban más fáciles. Sin ningún tipo de experiencia demostrable, sólo contaba con 8 meses de trabajo en el tercer sector y un año de prácticas en los servicios sociales, me daba cuenta que tenía complicado encontrar un trabajo en las multinacionales de los estudios de marketing. Tenía la experiencia cercana de unas amigas que trabajaban en una multinacional y me contaron que su empresa había hecho un ERE y había despedido a los mayores de 33 años, algo bastante desmoralizador. Todas las ofertas de trabajo que analizaba pedían dos años de experiencia como técnico junior y cinco años de experiencia como técnico sénior. Mis posibilidades se centraban en obtener un contrato como becario. Para algunos de mis compañeros y compañeras de promoción ésta fue la opción que tuvieron. Pero yo había agotado mis prácticas, no tenía la posibilidad de seguir estableciendo un convenio con la

Universidad. Esto me hizo pensar en cómo estaba estructurado el mercado de trabajo y reflexionar sobre el papel que jugaba la Fundación Complutense como empresa de colocación de becarios, de los cuales unos serían absorbidos por el mercado de trabajo y otros serían expulsados.

Posteriormente, tengo una buena oportunidad en relación con las becas FPI del Ministerio de innovación y ciencia. Se trata de un proyecto que tiene por título “Tránsito a la vida adulta de personas con discapacidad intelectual”. Me pongo en contacto con la Investigadora Principal y le pregunto por mis posibilidades. Ésta me responde que mi currículum es muy interesante, pero que el proyecto se enmarca dentro de un departamento de Pedagogía. Considero que mi perfil teórico y metodológico es muy adecuado para dicho proyecto y termino eligiéndolo en primer lugar en la convocatoria. Por un lado, no niego que otras personas tengan un mejor currículum que yo. Por otro lado, podía existir un candidato previo del propio departamento, como suele ocurrir en estas convocatorias. Pero pienso que también se me sugería que mi formación sociológica me imposibilitaba para acceder a otra área de conocimiento por encontrarse las diferentes disciplinas blindadas para el acceso de otros perfiles. Un ejemplo de lo que cuento me lo narra un amigo de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Pablo de Olavide. Él me confiesa que en el departamento existe el acuerdo de no contratar como docente a nadie que no pertenezca a la disciplina. A su vez, esto mismo, hacen otras áreas en relación con otras disciplinas.

En octubre del 2012, vuelvo a depender económicamente de mis padres. La única opción que me queda es intentar encontrar un trabajo en hostelería, servicios, etc. Pero en estos dos años en Madrid, he convivido con mis frecuentes dolores de cabeza que comenzaron en 2007. La presión a la que me he sometido en estos años no me ha ayudado. Como no han tenido éxito los diferentes tratamientos médicos que he realizado en el pasado, en Madrid decido probar con terapias alternativas. Obtengo mejorías, pero los dolores persisten. Y tengo dudas de si debo continuar sometiénome a más presión, es decir, obtener un trabajo precario, realizar méritos académicos (comunicaciones y artículos), progresar con mi tesis doctoral, colaborar con el grupo de investigación, etc. Entonces, decido volver a Sevilla a casa de mis padres para centrarme en la tesis doctoral, hacer méritos académicos e intentar las últimas oportunidades que me quedan en relación con becas y contratos de personal de apoyo a la investigación.

De vuelta en Sevilla: 2012—verano del 2013

Cuando vuelvo a Sevilla, en noviembre del 2012, tengo en mente varias cosas: me siento con la necesidad de hacer méritos académicos, seguir optando a becas, mejorar mi nivel de inglés, buscar trabajo e iniciar un trabajo más específico de la tesis doctoral.

Comienzo por participar en el Congreso Andaluz de Sociología celebrado a finales de noviembre de 2012 en Cádiz. Allí conozco a una persona que me ofrece realizar el trabajo de campo de una investigación para la que ha obtenido financiación a través de una beca de una Fundación del tercer sector. El dinero que recibiría son 1.600 euros para un tiempo estimado de 6 meses. El dinero no me parece suficiente, pero como el tema de la investigación tiene que ver con mi tesis doctoral me parece una buena oportunidad para continuar haciendo méritos. Soy consciente de que esta persona no me va a poder promocionar porque trabaja en un área diferente al área de Sociología. Pero valoro la posibilidad de rentabilizar dicha colaboración con comunicaciones y artículos.

Durante el mes de febrero, continúo con mi intención de seguir formándome y realizo un seminario sobre análisis del discurso en la Universidad Pablo de Olavide y un curso de iniciación en ecuaciones estructurales en el Centro de Estudios Andaluces. Éste es mi sexto curso metodológico. Sigo pensando que el conocimiento de esas herramientas va a aportar valor a mi currículum para el acceso al mercado

de trabajo. Poco a poco empiezo a darme cuenta de que, de la misma forma que los méritos académicos –docencia, comunicaciones y artículos– tienen poco valor para las empresas privadas, éstas, por lo general, hacen poco uso de las herramientas metodológicas (software) que son usados dentro del mundo académico. Es evidente de que se trata de mundos paralelos, donde los esfuerzos que se invierten en uno no son compensados en el otro, y viceversa.

Por el mes de abril, también colaboro en el capítulo de un libro electrónico que está coordinando un amigo. A pesar de no estar apenas relacionado con la temática del libro, la acepto para seguir haciendo méritos. En mayo, preparo una comunicación para el Congreso Nacional de Sociología que se va a celebrar en la Universidad Complutense en julio. En junio, después de meses de reuniones para definir el trabajo de campo en el que iba a colaborar y obtener la muestra de datos planificada, comienzo a realizar los primeros análisis. En julio, participo en el Congreso Nacional de Sociología y acudo a un Encuentro de verano en el Escorial sobre la Convención de los Derechos de las Personas con Discapacidad.

En este tiempo, también observo como amigos que están por delante de mí en la carrera meritocrática también necesitan tiempo para cumplir sus objetivos y acuden a mí. Uno de ellos me paga por unas transcripciones porque necesita tiempo para su trabajo, su tesis y su vida familiar. Otro me ofrece pagarme por ayudarlo con algunas partes de su tesis doctoral, por las mismas necesidades de tiempo. En mi opinión, cuando ya se ha acumulado el suficiente capital cultural y social para superar las puertas de entrada a la institución, el «tiempo» es un capital muy «valioso».

Me traslado a Ubrique en el verano de 2013

Durante el verano del 2013 he decidido irme a vivir al pueblo de Ubrique, Cádiz. Mi hermano ha comenzado allí un proyecto de huerta ecológica. Él está cobrando el desempleo y me dice que no me tengo que preocupar por el alquiler, la luz y el agua. Entonces decido irme a vivir a Ubrique y mantenerme con el dinero que estoy recibiendo con colaboración que estoy realizando. Termino el año realizando desde septiembre a noviembre el análisis de los datos de dicha colaboración, publicando un artículo y cuando llego a diciembre –satisfecho por los logros académicos conseguidos– me doy cuenta que estoy otra vez sin recursos económicos, que vuelvo a depender económicamente de mis padres, y que sólo he leído un libro en relación con mi tesis doctoral. Entre colaborar, formarme, participar en congresos, publicar, etc. se me ha pasado el año y no he realizado las lecturas que me había programado.

También tengo que decir que antes de irme a vivir a Ubrique estuve dando clases de inglés y tenía en mente la idea de irme a vivir a Bristol (Inglaterra) porque allí se encuentra el centro Norah Fry que tiene una línea de investigación cualitativa con personas con discapacidad intelectual; y, también, pensé en la posibilidad de irme a Bayreuth (Alemania) donde existe una línea de investigación donde se utiliza la grabación en vídeo como instrumento de investigación social. Finalmente no me decido a dar el salto por varios motivos. Por un lado, las cefaleas tensionales persisten. No estoy seguro de que mis padres puedan asumir mi estancia y los costes de matriculación, por lo que tendría que trabajar. Lo que supondría más presión, y quizás más dolor. Por otro lado, mi nivel de inglés es bajo y no me siento seguro para dar el salto.

Entonces, en este punto, a principios del 2014 (cuatro años y medio después de haber terminado la carrera) comienzo a plantearme si continuar con el doctorado. El último tratamiento que he realizado para las migrañas me ha inducido un estado semi-depresivo. Estoy agotado física y psíquicamente. Realizo un nuevo viaje a Madrid para reunirme con un catedrático con la intención de orientar mis decisiones. Esta persona me anima a que continúe con el doctorado. Me dice que éste me puede abrir puertas y me habla de las posibilidades que se están abriendo en el mercado académico latinoamericano.

También, a principios de este año, viajo a Madrid para hacer una entrevista para una Multinacional de los estudios de mercado. El perfil que buscan es de carácter cuantitativo. Como nunca lo he puesto en práctica, a pesar de formarme y obtener buenas notas en todo tipo de análisis estadísticos, termino por realizar una prueba mediocre. Tengo que decir que ésta es la segunda entrevista que he realizado en dos años y accedí a ella porque un amigo que tenía trabajo me puso en contacto con el departamento de recursos humanos.

A principios del 2014 la reflexión que hice fue la siguiente: Si no estuviera viviendo con mi hermano, tendría que estar trabajando porque veo inviable volver a mi hogar familiar para seguir realizando la tesis sin recursos económicos. Entonces decido implicarme en el proyecto de mi hermano. En principio, le ayudo por las mañanas y dedico las tardes a mis diferentes objetivos. Pero en la dinámica de los días, no dedico todas las tardes y disminuyo la intensidad del trabajo académico que había desarrollado en 2013. Empiezo a estar saturado y a plantearme a dónde me llevan los esfuerzos que estoy realizando, cuando me siento desvinculado del medio académico.

Desde que me matriculé en la tesis doctoral no he conseguido elaborar ningún producto en relación con ésta, y mi relación con mi director de tesis es casi nula. Por su parte, me ayuda en todos los aspectos formales de firmas, cartas de motivación y becas. Pero poco tiempo dedica a guiarme con la tesis. Me dice que el trabajo es mío y me emplaza a que elabore algún producto. Cosa que no termino de materializar en dos años que llevo matriculado. Por mi parte, entiendo que como investigador joven está sumido en la misma carrera meritocrática, en otra escala, para conseguir el suficiente currículum para así obtener financiación para su grupo de investigación. Me ha invitado a que participe con un artículo en una revista que dirige. Tengo la intención de publicar mi comunicación del Congreso Nacional mejorada, pero quiero completarla con unas lecturas y no alcanzo a realizarlas.

Este proceso lo vivo, entre 2013 y 2014, en varias ocasiones, es decir, no sé a qué darle prioridad, si a la participación en congresos y la publicación de artículos o a la tesis. Me digo que tengo que ir conciliando una cosa con la otra. La persona con la que he colaborado me anima a que obtengamos rentabilidad del trabajo que he realizado. En mayo presentamos una comunicación a un congreso en Granada y nos emplazamos a sacar un artículo, con pretensiones JCR, de los análisis realizados en el año anterior. Durante el verano, la carga de trabajo con mi hermano es mayor y yo comienzo a desmotivarme. Como «outsider» de la academia empiezo a valorar que dicha colaboración beneficia más a la otra persona. Al participar en la convocatoria de dos bolsas de interinos de la Universidad de Sevilla y Cádiz, vuelvo a ser consciente de que estoy compitiendo en total desventaja: no tengo el doctorado, no tengo docencia, no tengo estancias en el extranjero, etc.

Mi motivación para el trabajo académico ha decaído. Me encuentro desmoralizado y continúan los dolores de cabeza. Lo peor de todo es sentirme culpable cuando no cumplo con alguno de los objetivos que me he marcado. Aún así, en otoño del 2014 realizo una revisión bibliográfica en relación con mi tesis doctoral. Y envío una comunicación a un nuevo Congreso. Es en este momento, cuando realizo un viaje a Granada para verme con un antiguo profesor de dicha Facultad. Éste me dice lo mismo que me había dicho la persona que visité en Madrid a principios de año: «si terminas la tesis tienes alguna posibilidad en el mercado latinoamericano». Entonces vuelvo a ser consciente de que estoy fuera, totalmente fuera, del ámbito académico español. Entonces la pregunta que me hago es por qué seguir...

Me dejo llevar por la inercia y optó a mis dos últimas becas, una beca FPI en la Universidad de Salamanca y una beca para jóvenes investigadores del Banco BBVA, en la que he solicitado la dotación equivalente a un año de FPI para la realización del trabajo de campo de la tesis. En relación con la beca

FPI no aparezco ni en la reserva –¿Pesas mis 34 años?–, y en relación con las becas para jóvenes investigadores del Banco BBVA los perfiles que han sido beneficiados son personas que están vinculadas a la Universidad y han realizado estancias en el extranjero. Mi currículum es muy inferior al de dichos perfiles.

Por la misma inercia de los hechos, como me aceptaron la comunicación en el congreso, durante las navidades he preparado dicha comunicación... Un día decido que he dejado el doctorado y al otro no termino de estar seguro. Me digo que tengo que dejarlo todo y al día siguiente pienso que debería cerrar los trabajos que tengo pendientes porque puede que en un futuro alguien me los pueda valorar. Entonces pienso en instituciones como el Centro Español de Documentación sobre Discapacidad, el CERMI (Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad), la Fundación Eguía Careaga (SIIS), la consultora INTERSOCIAL, entre otras posibilidades. Y, días después, vuelvo a preguntarme si los méritos que estoy realizando me van a servir sin la tesis y fuera del campo académico. Lo paradójico de mi situación como desempleado es que a pesar de disponer de más tiempo que una persona empleada: la falta de estabilidad económica, de estabilidad emocional, y de seguridad, para con el futuro cercano, no me ha permitido aprovechar dicho tiempo y mi dispersión ha sido la tónica, con periodos de alta productividad en los que me sentía bien y con periodos de baja productividad donde me sentía mal.

En alguna ocasión he pensado en abandonar los méritos académicos y vincularme al campo de la discapacidad intelectual. Pero en el sector hay pocos recursos, hay poco trabajo y mi perfil como sociólogo no me facilita las cosas en un mundo donde se suelen solicitar técnicos de integración social, educadores especiales, psicólogos, trabajadores sociales, etc. Gracias a mi colaboración con FEAPS-Andalucía, entre 2008 y 2010, en el verano del 2013 realicé una entrevista de trabajo para un puesto de coordinador de un Servicio de Ocio para personas con discapacidad intelectual en Antequera. Estaba ilusionado, pudo ser una oportunidad de vincularme al campo. Pero termina sucediendo lo que ya me habían advertido. El comité de empresa ha reclamado que se contrate a alguien del personal eventual que viene trabajando en la empresa, es decir, se pide que se compense el periodo de fidelidad a la empresa de personas que se encuentran en unas condiciones de contratación precaria, pero con disponibilidad total⁴.

En relación con mis dolores de cabeza, la neuróloga que visité considera que son de carácter genético. En los últimos dos años he probado tres tratamientos. Del primero obtuve una mejoría leve. El segundo me indujo un estado semi-depresivo, que por suerte superé tras abandonar el tratamiento. El tercero es el que mejor me ha sentado. Es uno que ya había probado con anterioridad. Me alivia bastante, aunque los malestares persisten. En Madrid, cuando estuve realizando terapias alternativas, me decían que mis migrañas eran de carácter emocional. En mi opinión, después de haber probado de todo, desde medicamentos, terapia psicológica, técnicas de relajación, etc., pienso que son de carácter psicósomático y están relacionadas con la encarnación en mi cuerpo de la historia narrada.

Por último, en todo este tiempo, lo más desagradable ha sido sentir envidias y frustración cuando veía que compañeros y compañeras que había conocido continuaban con sus carreras académicas cuando yo iba entrando en una espiral de desmotivación y dispersión. Lo que comenzó como una ilusión, algo que vivía con entusiasmo y pasión, se fue transformando poco a poco en un estado de «neurosis», un estado mental disociado del presente, donde mi mente viaja, algunas veces, hacia el pasado, con pensamientos de «tendría que haber», y hacia el futuro, con pensamientos de «debería hacer». En esta tesitura, lo más difícil es romper con la disciplina. Y pienso que en esta situación se encuentran muchas personas.

4 Desde que comenzó la Crisis, la deuda pública de la Junta de Andalucía con FEAPS-Andalucía (Federación a favor de las personas con discapacidad) ha ido en aumento. Consecuencia de ello es que en los últimos años ha habido reducción de plantilla.

En el año 2006 tuve la oportunidad de vincularme al mundo del títere y no lo hice porque la intelectualidad había marcado mi adolescencia⁵. Ahora tengo una oportunidad de vivir en la Sierra de Cádiz, vivir de un trabajo autónomo, recuperando viejos saberes, conociendo el medio rural, aprendiendo de mi trabajo etnográfico... Y aun así, todavía me despierto por la noche diciéndome que todavía puedo vivir de la «investigación sociológica», haciendo oídos sordos a las campanas que suenan desde el *monasterio*.

Reflexiones finales

Ahora mi visión del campo académico es diferente. Ahora me doy cuenta de que el capital económico familiar me posibilitaba la transición hacia alguna beca predoctoral y no mucho más. Pero no tenía claro lo que quería cuando llegué a Granada. Cuando volví a Sevilla, lo tenía más claro, pero, por un lado, era joven y orgulloso, y, por otro, nunca tuve especiales habilidades para la generación de un capital social dentro de la institución y siempre tendí a relacionarme con trayectorias críticas y periféricas. Terminé pensando que si no tenía suerte con mi carrera académica, podría conseguir un trabajo en el mercado de trabajo. Pero la verdad es que con 35 años tengo la sensación de estar fuera de dicho mercado. En dos años sólo he realizado dos entrevistas de trabajo. Al mismo tiempo, me parece importante destacar cómo los sectores por los que he pasado –artes gráficas y tercer sector– son ámbitos que también se han visto afectados por la crisis económica internacional. Alguna oportunidad en estos ámbitos me hubiera permitido tener estabilidad económica y podría estar como muchos y muchas trabajando, y realizando mi tesis doctoral.

Quiero seguir haciendo sociología. De alguna forma, me siento vinculado a algo que me genera placer, pero que me empuja a unas dinámicas meritocráticas que en la posición que me encuentro no hacen más que alimentar ese mercado académico de Cursos, Seminarios, Máster, Congresos, etc. y que me aleja de un trabajo intelectual sano, constructivo, y útil para el colectivo de personas con los que trabajo. Actualmente soy voluntario de una Asociación de Ocio y Discapacidad Intelectual en Ubrique en un programa de ocio inclusivo. Acompaño a dos adolescentes con síndrome de Down a un grupo de teatro del pueblo, y participo en un taller de autonomía personal. Esto me permite estar cerca de mi objeto de estudio, seguir reflexionando, leyendo, realizando entrevistas, etc. Todo ello, en mi tiempo libre. Porque esta sociología artesanal no me da para vivir.

Por último, contraatacar contra aquellos que consideren que esto es una historia de «triunfadores» y «perdedores». Recuerdo leer con 18 años *El Apoyo Mutuo* de Piotr Kropotkin. En el prólogo, se defiende que el libro es una argumentación contra el «darwinismo social» emergente en dicha época. Siglo y medio después, lo más triste de las historias que convergen con la mía dentro del ámbito académico, pero también dentro de otros sectores de actividad, es el «desprecio» por el capital humano que acontece en las sociedades postmodernas y postindustriales.

⁵ Tengo que decir que mis amigos titiriteros también me cuentan que la cosa está complicada para los veteranos y más para los jóvenes que comienzan.